

---

PARIS 1.º de Agosto de 1851.

Muy señor mio: La discusion sobre la revision de la ley política que rige á la Francia, ha sido un suceso para siempre memorable, por la luz que derrama sobre el estado político y social de esta nacion en lo presente, y por lo que permite adivinar acerca de los varios sucesos, por los que ha de pasar en lo futuro.

Tres grandes sistemas han combatido aquí por la dominacion: el sistema Republicano, el Constitucional, y el que consiste en la Monarquía, apoyada en las tradiciones nacionales. Fué el campeón del primero Mr. Michel (de Bourges): hizo la apología del segundo Mr. Odilon Barrot; pronunció el elogio fúnebre del tercero Monsieur Berryer. El resultado de este gran duelo ha sido el triunfo del primero sobre los otros dos; ó lo que es lo mismo, la consolidacion de la forma Republicana. Y no porque la elocuencia no haya estado de parte de los vencidos; al revés, Mr. Odilon Barrot ha pronunciado en defensa de la Monarquía Constitucional el mas bello de todos sus discursos; y Mr. Berryer el mas elocuente de todos sus himnos; sino porque todas las corrientes magnéticas de esta sociedad son á la hora presente republicanas. La República no es una institucion arbitraria ni accidental; es la consecuencia lógica, invencible del gran silogismo que comenzó á plantearse en 1789,

y que muestra hoy su consecuencia, despues de haber asentado sus premisas. La unidad maravillosa de la revolucion en todas sus transformaciones sucesivas, y la necesidad de negarla con una negacion absoluta, ó de aceptarla en todas sus varias manifestaciones, fué demostrada hasta la evidencia por el orador de la Montaña. — Vosotros no aceptais de la revolucion sino su principio — decia á los legitimistas. — Vosotros no aceptais de ella sino la mitad, — decia á los constitucionales: — la revolucion, empero, es una, ó no es nada; quereis servir á un mismo tiempo á la Monarquía y á la Revolucion, á lo pasado y á lo futuro; y no pertenecéis en realidad ni á la Revolucion ni á la Monarquía, ni á lo futuro ni á lo pasado. — Toda la discusion está en este argumento, y este argumento es invencible.

Todas las fracciones del llamado *gran partido del orden*, y que ni comprende las condiciones del orden, ni es un partido, ni es grande, están, por otra parte, constituidas en una posicion falsa, contradictoria é insostenible. Si se exceptúa Mr. Odilon Barrot, que está realmente aterrado por lo que el porvenir tiene de sombrío, ninguno de los que se oponen á la prolongacion de los poderes Presidenciales, al dar su voto favorable á la revision ha formulado un voto de conciencia. Ninguno, entre cuantos han protestado de su resolucion firmísima de sostener contra la candidatura inconstitucional del Presidente el imperio de la ley, está decidido, llegado el caso, á sostener este imperio. Los pensamientos van por una parte, las palabras por otra, y por otra las acciones.

En medio de esta confusion, no quedan mas que dos personajes en pié: Luis Bonaparte y la Montaña; ni mas que dos cosas posibles: una nueva revolucion y la Dictadura. Los partidos monárquicos á nada pueden aspirar sin entenderse: y no se entienden. Los legitimistas votarian con gusto la candidatura á la Presidencia del Príncipe Joinville, si el Príncipe se comprometiera antes á traer despues á Enrique V: pero el Príncipe se niega á contraer compromiso alguno. La familia de Orleans estaria dispuesta á la fusion, si los legitimistas comenzaran por abrogar la ley que la

condena al destierro : pero los legitimistas se niegan á la abrogacion de la ley , si la familia de Orleans no se compromete antes á reconocer y servir á la Monarquía legitima. El General Changarnier pudiera ser el candidato en comun hasta que se orillaran estas dificultades ; pero , por una parte , el General ha caido mucho en la opinion pública por su conducta en estos últimos tiempos, conducta apasionadamente rencorosa ; y por otra parte , su nombre no es conocido de esas muchedumbres á quienes el sufragio universal ha dado el imperio.

La desgracia , que tiene la secreta virtud de dar fortaleza á los partidos políticos que nacen, es un agente poderoso de disolucion en los partidos que mueren ; por eso , los partidos monárquicos van disolviéndose aquí á manos de la desgracia. De los legitimistas , unos quieren rejuvenecer á la Monarquía , combinando la tradicion con el elemento parlamentario ; otros aspiran á transformarla , obligándola á contraer matrimonio con el sufragio universal : algunos , aunque muy pocos , no la conciben sino como la han conocido en la historia , magestuosamente asentada en grandes y heróicas tradiciones. De esta division en las miras procede una division análoga en la conducta. Por eso hay legitimistas que preferirian á todo una transaccion con la familia de Orleans , mientras que otros se inclinan visiblemente del lado de la Montaña ; y algunos , aunque menos en número , no se inclinan á ningun lado , quedándose sin accion y sin movimiento.

Esto por lo que hace al partido legitimista. Por lo que hace al orleanista , este , como en otra ocasion he dicho á Vd. , se afirma en frágil apoyo : la clase media , que le sostiene , es egoista y medrosa : si pudiera dirigir los acontecimientos con su voluntad , pondria en el trono al Conde de Paris ; pero pronta á consagrar su voluntad al orleanismo , es tibia en ofrecerle su brazo : antes que todo y sobre todo , lo que necesita esta clase es que no se paralice el comercio , y que no se estanque la industria ; esta clase es naturalmente despreciadora de los principios abstractos , y amiga del hecho victorioso : si la República le da la paz , en su inmensa mayoría será republicana ; si Luis Bonaparte conserva el orden material , será

bonapartista ; si el General Cavaignac reprime la insurreccion , se mostrará dispuesta á apoyar la Dictadura del General Africano. Los orleanistas confian sin embargo en las grandes poblaciones , en donde esta clase es la que prepondera ; así como los legitimistas tienen puesta su esperanza en las poblaciones rurales.

Entre tanto el tiempo vuela , y la Francia se encontrará dentro de algunos meses en una situacion que no tiene analogía con ninguna de cuantas en los tiempos mas borrascosos y miserables ha presentado la historia. La revision legal fracasará la segunda y la tercera vez , como ha fracasado la primera. La Montaña permanecerá inmovil , á pesar del torrente de peticiones revisionistas que va inundando la tribuna y la Asamblea ; y su inmovilidad hace imposible el intento de quitar á la prorogacion de los poderes Presidenciales el obstáculo invencible que encuentra en el testo de la ley. En el mes de Mayo de 1852 , la situacion de la Francia será esta : La autoridad del Presidente estará para espirar , y la de la Asamblea espirando. Todos los vínculos de la Administracion se aflojarán por sí solos ; los empleados volverán la espalda á los poderes que acaban , y pondrán sus ojos en las urnas electorales , para adivinar el misterio que la Esfinge popular tiene escondido en sus urnas : lo cual quiere decir que treinta y seis millones de franceses estarán sin Gobierno. En esta ausencia total de un Gobierno cualquiera , saldrán de sus casas para crear un Gobierno diez millones de hombres : de estos diez millones , siete reclamarán su derecho esclusivo de votar en nombre de la ley de 31 de Mayo , y los otros tres reclamarán con las armas su participacion al mismo derecho en nombre de la Constitucion , que ha hecho del sufragio universal una cosa santa é inviolable.

Jamás los hombres han visto , ni verán , ni pueden ver ni imaginar siquiera semejante confusion y semejante tumulto. La prevision humana es aquí de todo punto inútil ; ni hay ojos que alcancen á ver cosa alguna en esas tinieblas palpables. La opinion general es , sin embargo , y ha sido siempre , que Luis Bonaparte saldrá victorioso de esta confusion y de este conflicto , y que él solo sobrevivirá á este diluvio. Yo he sido siempre , y soy ahora , á pesar de

todas las probabilidades, de una opinion contraria. Y no porque yo crea que no ha de ser reelegido; al revés, creo que su reeleccion es indudable; sino porque tengo por cierto que su victoria será el presagio de su caída. La certeza de su reeleccion se funda, por una parte, en que su nombre es el único que pronuncian y el único que saben las muchedumbres; y por otra, en el terror que comienza ya á sobrecoger á los partidos monárquicos, y que los obligará á todos á agruparse á su rededor, como Generalísimo del ejército del orden. Un testimonio claro de la existencia de este terror es la eleccion de la Comision permanente que ha de velar por el público reposo durante la prorogacion de la Asamblea; esta Comision, nombrada por la mayoría conservadora, es benévola al Presidente de la República; en su eleccion, todos los partidos monárquicos han demostrado á las claras que buscaban en el Presidente un refugio, y que ponian en olvido, apremiados por circunstancias formidables, sus rencores y sus odios. La certeza de su caída nace para mí de estas gravísimas consideraciones: Siendo reelegido el Presidente, lo será contra la ley; siendo elegido de esta manera, pondrá la legalidad de parte de la revolucion; y jamas se ha verificado que sucumba una revolucion teniendo la legalidad de su parte. La historia me enseña una verdad pavorosa; porque me enseña que la legalidad hace á las revoluciones invencibles, mientras que al revés, á los Gobiernos legítimos, los hace mas vulnerables. Yo he visto á muchos Gobiernos sucumbir sin que sea poderoso para defenderlos el escudo endeble de la ley; no he visto ni tengo noticia de que haya existido jamás una revolucion que no haya sido invencible, defendida por ese escudo: esa conjuncion de la revolucion y de la legalidad, de la fuerza moral y de la revolucionaria, es siempre funesta. Hay mas todavía: mientras que los Gobiernos legítimos sucumben, teniendo por sí una legalidad indisputable y clara, las revoluciones para ser invencibles no necesitan sino de una legalidad dudosa. Una legalidad dudosa dió la victoria en Francia á la revolucion de 1830; y en 1848 no ha necesitado para triunfar, de legalidad de ninguna especie. Una interpretacion absurda de un artículo Constitucional dió su fuerza invencible á la

revolucion en España en 1840: sin el pretexto de que la ley municipal hecha en Córtes era contraria á la Constitucion, jamás se hubiera atrevido el general Espartero á cometer una violencia y á hacer una revolucion, por mucho que la hubiera deseado. En vista de estos ejemplos, me creo autorizado para afirmar que el Presidente de la República sucumbirá ante la revolucion, si tiene la desgracia de ser reelegido. Yo no he debido, sin embargo, ocultar á Vd. que la comun opinion de todos los hombres políticos es aquí contraria á la mia. Vd. con su inteligencia superior pesará en su justa balanza estas varias probabilidades y estas contrarias opiniones.

Resumiendo mi manera de pensar, concluiré esta carta por manifestar á Vd., lo primero, que no creo posible ninguna restauracion: lo segundo, que creo asegurada la República; lo tercero, que me parece indudable que la revision legal de la Constitucion no podrá llevarse á cabo: lo cuarto, que no tengo por dudosa la reeleccion inconstitucional del Presidente de la República; lo quinto, que reelegido el Presidente, tendrá que habérselas con la revolucion, y que sucumbirá en esta lucha: y por último, que cuando estas cosas hayan sucedido, comenzará para la Francia, y aun para la Europa, una nueva época revolucionaria, de peor especie y mas peligrosa que todas las anteriores.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 15 de Agosto de 1851.

Muy señor mio: Todas las tendencias que he señalado á Vd. en mis anteriores, se van desenvolviendo progresiva y rápidamente, hasta el punto que hoy es ya posible formar un juicio, sino completo del todo, acertado en parte á lo menos, del estado de las cosas públicas en Francia. La tendencia manifiesta de todos los sucesos es abatir y disolver todos los partidos, y humillar todas las barreras que se levantaban entre Luis Bonaparte y la revolucion. La confusion de las cosas públicas, las tinieblas en que estaban envueltos los designios de la Providencia sobre este pueblo, desventurado á un mismo tiempo y grande, procedian principalmente de la multitud de elementos que era menester tener presentes para calcular qué soluciones eran posibles, y qué soluciones, entre las posibles, eran probables: porque, por un lado, estaba el Bonapartismo, que, dueño de lo presente, aspiraba á serlo de lo futuro; por otro, el Orleanismo, que aspiraba á convertir lo futuro en justo medio entre lo presente y lo pasado; por otro, el Legitimismo, que aspiraba á la restauracion de las antiguas tradiciones; y por último, la revolucion, preparándose siempre para nuevas empre-

sas y para nuevas hazañas. Vd. conocerá fácilmente cuán difícil era en semejante situacion aventurar un cálculo, y formular una opinion sobre los tiempos venideros.

Hoy, empero, las cuestiones se van simplificando, y por lo mismo esclareciéndose. El partido legitimista, que dejé en estado de disolucion en mi carta última, está hoy completamente disuelto: tres son sus órganos en la prensa periódica, *La Union*, *La Opinion Pública*, y *La Gaceta de Francia*: cada uno de ellos echa por diverso rumbo, y va por diverso camino: *La Gaceta de Francia* quiere una Monarquía apoyada en la democracia; *La Union* la quiere apoyada en el Parlamento; y *La Opinion Pública* se separa de *La Gaceta* por los principios, y de *La Union* por la conducta. Todas estas discordias, en otro tiempo latentes, han estallado con estrépito en estos últimos dias. La reunion legitimista de la calle de Rivoli se ha dividido en bandos; y á la hora en que escribo, puede afirmarse que el partido legitimista no existe: de los que le componian, unos buscan un candidato Presidencial, y no lo encuentran; otros, y son los mas, buscan en Luis Napoleon un puerto para su naufragio.

El partido Orleanista lleva en su seno el germen de una disolucion inmediata. Inmediatamente despues que escribí á Vd. mi última, comenzó á resonar por los salones, y luego por los periódicos, una nueva candidatura para la Presidencia, la candidatura del Príncipe de Joinville. Esa candidatura, no rechazada por el Príncipe, es una abdicacion verdadera, y tristemente lamentable. Cuando los hombres que tienen la honra y la dicha de ser individuos de una familia de Reyes, ceden al mal consejo de vestir la humilde túnica de los candidatos, y de presentarse con ella, á la manera de los antiguos gladiadores, para recibir los aplausos de las muchedumbres, las familias Reales están de todo punto perdidas. La familia de Orleans, que ha tenido á menos inclinar la frente ante el Gefe augusto de su raza, tiene á mucho doblar la rodilla ante la revolucion, y se da por dichosa si obtiene sus sufragios. Este espectáculo repugnante destroza el corazon, y ese funestísimo ejemplo no será perdido para las revoluciones. Lo que hoy

falta á todos, particulares y Reyes, es la ciencia que consiste en resignarse á la desgracia: por donde todos vienen á perder su dignidad, sin dejar de ser desgraciados: los Príncipes ignoran cuán incapaces se muestran de sobrellevar la prosperidad, en el hecho mismo de mostrarse incapaces de sobrellevar el infortunio. Los Príncipes de la familia de Orleans deberían haber comprendido que al punto á que han llegado las cosas, son poco para ser Reyes, y mucho para ser republicanos, bastante para ser Príncipes en la corte del Rey que es su pariente: no habiendo conocido lo que debieran conocer, quedarán perpétuamente inclasificados en la sociedad francesa; porque ni serán Reyes, ni Príncipes, ni republicanos.

La candidatura del Príncipe de Joinville no producirá sino dos efectos: desautorizar al Orleanismo, y arrojar al Legitimismo en brazos de Luis Napoleon, que le recibirá con los suyos abiertos. De esta manera, desautorizado el partido Orleanista, y disuelto el Legitimista, no quedan en pie sino el partido Bonapartista y el revolucionario.

Uno y otro se disponen para la gran batalla: el revolucionario con sus manifiestos, con su propaganda silenciosa y activa, con sus promesas de un porvenir de holganza, puestas en los oídos de todos los proletarios: el bonapartista con sus promesas de orden, con su propaganda administrativa, con su llamamiento á la concordia y á la union de todas las fuerzas sociales y de todas las pasiones conservadoras. La gran dificultad está ahora en averiguar cuál de los dos es el que pierde, y cuál de los dos es el que gana terreno. Mi opinion particular es que ninguno pierde terreno, y que ambos le ganan. El bonapartista tiene por sí la mayoría de la Asamblea Nacional, y la cuasi unanimidad de los Consejos de Distrito y de los Consejos Generales: el revolucionario tiene por sí esas muchedumbres innominadas que se agitan como un torbellino destructor en todas las sociedades subvertidas y revueltas.

Por lo que hace al resultado de la lucha, yo he creído siempre y creo ahora, que el triunfo será del partido del orden, si la lucha viene pronto; y que será de la revolucion, si la lucha viene tarde.

Si el Príncipe Luis Napoleon tuviera la necesaria osadía para ensayar un golpe de Estado durante la prorogacion de la Asamblea, su victoria me parecería cosa segura: si le ensaya despues, tengo la victoria por dudosa: si no le ensaya hasta el fin, le tengo por perdido.

Fijada así la cuestion, ya iré poniendo á Vd. al corriente de todas las fases que vaya recorriendo.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.